

## FILOSOFÍA



El Árbol del Mundo

Ana Rosa Angarita Trujillo

Del libro: Arte venezolano en la Sala de Arte SIDOR. 1992

## CONCEPTUAR DE DIOS SOBRE DIOS; MEJOR, HACERLO DESDE DIOS

*Horacio Rafael Carrero Contreras\**

### RESUMEN

*Todo pensador colocado frente al tema de Dios inevitablemente adquiere un compromiso: conceptuar la verdad desde Dios, pues en Él ella tiene un sentido y una meta. Un sentido, porque ni Dios ni el hombre, estudiados íntegramente, son un producto casual de la inteligencia; y, una meta, ya que el segundo, admitiendo o no la verdad desde Dios, dirige la mente hacia una realidad que permanece inquietándole. Por eso, la persistencia en aportar un razonable concepto desde Dios inclusivo. En él, el testimonio de los participantes en el respeto sobre el asunto Dios, desgarran las tinieblas de los errores y aumenta el deseo de una comunicación recíproca, así el dialogante escucha, habla, define e instruye. Ahora, estas funciones son innecesarias si el pensador –cristiano o ateo– niega, quizá muchas veces forzándose a ello, la actuación de un nombre –Dios– capaz de darle la seriedad de un encuentro que lo empuja al ejercicio de una verdad, no de laboratorio, sino desde la producción íntima de lo esencial filosófica o teologalmente. En efecto, la inteligibilidad del concepto desde Dios impide el eclipse del mismo o su relativización a una u otra categoría o atributo; al contrario, es*

---

\* Presbítero incardinado a la Arquidiócesis de Mérida. Profesor en los Seminarios de Mérida y La Guaira. Doctor en Filosofía (Pontificia Universidad Gregoriana de Roma), Licenciado en Filosofía (Pontificia Universidad Gregoriana de Roma) Licenciado en Filosofía y Teología (Universidad Santa Rosa de Lima-Venezuela) E\_mail: horaraf1976@gmail.com. ORCID: <http://orcid.org/0009-0002-3279-7176>

**Recibido:** 15/01/2023

**Aprobado:** 17/03/2023

*la actividad de la inteligencia que lucha y sufre, para que lo legítimamente humano no se repliegue en sí mismo, sino que, desde el concepto, el mejor humanamente posible, lo acerque, no a la invención, sino a la presencia de lo divino que conserva en orden la existencia, siempre sedienta de infinito.*

**Palabras clave:** Dios, hombre, diálogo, atributo.

## **CONCEPTUALIZE OF GOD, ABOUT GOD: BELTER TO DO IT FROM GOD**

### **ABSTRACT**

*Every thinker placed before the theme of God inevitably acquires a commitment: to conceptualize truth from God, because in Him it has a meaning and a goal. A sense, because neither God nor man, studied as a whole, are a casual product of the intelligence; and a goal, since the latter, admitting or not the truth from God, directs the mind towards a reality that remains disturbing. Therefore, the persistence in providing a reasonable concept from God inclusive. In it, the testimony of the participants in the respect on the subject God, tears the darkness of the errors and increases the desire of a reciprocal communication, thus the dialoguer listens, speaks, defines and instructs. Now, these functions are unnecessary if the thinker - Christian or atheist - denies, perhaps often forcing himself to do so, the action of a name - God - capable of giving him the seriousness of an encounter that pushes him to the exercise of a truth, not from the laboratory, but from the intimate production of what is philosophically or theologically essential. Indeed, the intelligibility of the concept from God prevents its eclipse or its relativization to one or another category or attribute; on the contrary, it is the activity of the intelligence that struggles and suffers, so that what is legitimately human does not withdraw into itself, but, from the concept, the best humanly possible, brings it closer, not to invention, but to the presence of the divine that preserves in order the existence, always thirsty for the infinite.*

**Key words:** God, men, dialogue, attribute, better

## Introducción

El tema busca reforzar la importancia de un concepto no sólo de y sobre Dios, sino desde Él; tal concepto no refleja el acontecer divino alejado de la noticia de los hombres. En realidad es un acontecer que el hombre, de épocas pasadas como contemporáneas, juzga, estima y razona. Algunos, sean los que lo rechazan o lo admiten, han emprendido un diálogo inevitable desde Dios; de lo bajo a lo alto, ascendente, o de lo alto a lo bajo, descendente.

Por supuesto, tal diálogo, esforzado en conceptuar lo estrictamente divino desde lo mejor en el tiempo y en el espacio, el hombre, englobante de las ciencias humanas, filosóficas y teológicas, nótese por ejemplo la amplitud del pensamiento medieval y la interacción en ideas filosófico-teológicas de pensadores contemporáneos, justifica el gusto por lo absoluto en una finitud, la humana, que no halla en aquel únicamente un peligro o un estorbo, mucho menos un cansancio de la honestidad de la reflexión.

Cierto, los místicos e intelectuales, en la contemplación y entendimiento de lo Absoluto desde lo Absoluto, han enarbolado el emblema de la verdad honesta, por la que aquellas actividades humanas empaquetadas en lo divino, apreciadas, conocidas, incluso conjeturadas, pertenecen a la humanidad, pues ellas indican mucho, pero ocultan mucho más. En efecto, en el diálogo conviene dejarle a Dios pedir la palabra, porque es la de Alguien distinto, sin la cual el concepto, en lugar de una fecunda comunión, más bien destapa la esterilidad de su contenido.

De este modo, Aristóteles, San Agustín, San Buenaventura, Santo Tomás, F. Dostoyevski, H. Bergson, M. Heidegger, Tomás Martínez, Card. Baltazar E. Porras C., autores a consultar en este artículo, con trayectoria intelectual humana, fructífera y pertinente, esclarecen que Dios no es una señal o un síntoma necesitado de explicaciones deshidratadas o susceptible de múltiples interpretaciones; alguien interino o provisional, sino Alguien que desde Sí Mismo inspira y justifica la abnegación y el sacrificio de los que ejercitan la ciencia de la contemplación desinteresada.

El pensamiento humano yerra, y ningún hombre garantiza que no lo hará más; por ende, una definición recíproca entre dialogantes, unos en pro, otros en contra, *de, sobre; mejor, desde Dios*, subraya este adjetivo, “mejor”, con el propósito de afirmar en el dialogante el impulso de encararse con la propia conciencia e instarle respuestas más sinceras.

En fin, estas acotaciones introductorias serán profundizadas en los doce apartados del artículo, que, a partir de la propuesta de los del rechazo y la admisión, hasta la de *Dios como lugar incircunscripto*, confirman el interés humano, histórico y científico por un concepto más elevado de Dios, logrado paulatina y solidariamente, y al que, aliviado de la soberbia intelectual, no lo plantean cual guion para hacer de Dios, de sus atributos, un momentáneo pasatiempo.

### **En el diálogo hay propuestas de rechazo, y también de admisión**

El rechazo es para algo, pues las nociones son el resultado del pensamiento humano. Son escrutables. Por supuesto, la admisión es para algo, porque ella, a las nociones reflexivas, les evita el golpe de buena suerte.

En la cosa particular hay distintos atributos, aunque en ocasiones no se adviertan. Por ende, el que las escruta procede por grados en la significación, es decir, distantes, semejantes o próximos. Es la proporción de los atributos a ella referidos en el concepto sin obviar su resistencia, en efecto, no alcanza con afirmar el atributo, también hay que probarlo, pues, «un atributo es aquello que se predica de un sujeto»<sup>1</sup>.

Los juicios absurdos o suposiciones absurdas en relación a las cosas, producto del azar o de la creencia en el golpe de buena suerte, privilegian la ficción; «ninguna observación muestra que cualquier cosa al azar puede recibir al azar cualquier cosa»<sup>2</sup>. El privilegio ha de recaer en la observación de la actuación de cada cosa según su naturaleza, ya que, «lo que es por naturaleza y según naturaleza nunca puede ser algo desordenado, pues la naturaleza es en todas las cosas causa del orden»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup>ARISTÓTELES, *Física*, I, 3, 93, 136a35.

<sup>2</sup>ARISTÓTELES, *Acerca del Alma*, II, 2, 175, 414a31-33.

<sup>3</sup>ARISTÓTELES, *Física*, VIII, 1, 428, 252a10.

Ahora, ¿qué es la naturaleza? Es la integridad de la cosa singular, es decir, la de Dios y la del hombre. La integridad especifica cada quien, uno e indivisible, y su diferencia esencial radica en el acto realizado por cada cual. «Es suficiente —indica Aristóteles— que haya un único moviente, el primero de los inmóviles, que al ser eterno será para todas las demás cosas el principio del movimiento»<sup>4</sup>. El hombre, aunque uno e indivisible, es finito en su específica naturaleza y, sin embargo, «en las cosas naturales lo finito y lo mejor ha de prevalecer, cuando es posible sobre sus opuestos»<sup>5</sup>.

Por eso, el concepto aristotélico tampoco conduce a una interpretación incorrecta de la naturaleza humana; es decir, cual *utility* del Motor inmóvil. Ni Aristóteles, ni San Agustín de Hipona, ni San Buenaventura, ni Santo Tomás de Aquino, (como se verá), excluyen la razón humana en el esfuerzo de la ascensión en lo mejor hacia lo Mejor.

La razón no es autosuficiente, pero tampoco insuficiente en esa actitud de ascensión desde lo material a lo espiritual, desde lo mortal a lo inmortal, desde el hombre a Dios<sup>6</sup>. La razón humana no está absolutamente cerrada a la comprensión de lo trascendente.

De Dios cabe decir *qué es*, pero también *cómo es*, sin olvidar que Él trasciende los términos empleados en la concepción, pues no puede tratarse como un sustrato de determinaciones físicas o lógicas a secas. En consecuencia, conviene acudir a las notas fundamentales que esclarecen una mejor significación de los términos empleados en la concepción *desde Dios*.

Por supuesto, con esto no se persigue una des-divinización del hombre, sino una deificación —ascensión— hacia Él desde Él, que mucho menos es una deshumanización de Dios; «a la buena disciplina —asevera Agustín— toca ir a ella por grados»<sup>7</sup>.

---

<sup>4</sup> Física, VIII, 6, 456-457, 259a10.

<sup>5</sup> Física, VIII, 6, 456, 259a10.

<sup>6</sup> Lo eterno, según Aristóteles, no se separa irracionalmente de lo corruptible. Cf. Acerca del Alma, II, 2, 173, 413b28.

<sup>7</sup> SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 13, 23, 465.

Este ir a la buena disciplina por grados está en la obra aristotélica, agustiniana, bonaventuriana y aquiniana<sup>8</sup>, capitalmente sustentada con esta rogativa, «¡Oh Dios, siempre el mismo!, conózcame a mí, conózcate a ti»<sup>9</sup>.

El pensamiento acompaña a lo que conceptúa, pues el concepto estrecha o ensancha el conocimiento. El concepto es una cosa inanimada refiriéndose «tanto a las cosas inanimadas como a las animadas»<sup>10</sup>. Esta diferencia es la presencia de alguna otra cosa, y quien conoce su distinción sabe atribuir un juicio sobre ella; «no cualquier cosa al azar —señala Aristóteles— puede recibir cualquier atributo, sino que cada atributo singular sólo puede ser recibido primariamente por una determinada cosa singular»<sup>11</sup>.

El significado del concepto está en la fuerza de significación de las palabras. Está distribuido en ellas, y ellas están fusionadas en él con el fin de que el estudioso o el lector las entienda. El concepto recoge en las palabras la *unidad* que el pensamiento abstrae tanto del objeto inanimado como del viviente;

la piedra —anota San Agustín— para ser piedra, tiene todas sus partes y toda su naturaleza coagulada en la unidad. ¿Qué es el árbol? ¿Sería un árbol si no fuera uno? Y los miembros y las vísceras de cualquier animal y todas las partes de que se compone, si se desgarrara en su unidad, no habría animal<sup>12</sup>.

La piedra, el árbol, el animal, el hombre tienen lo que singularmente les pertenece. *El atributo singular* lo reúne el pensamiento en el concepto procurando no alterarlo ni artificiarlo. En el nexo real de un atributo con otro, en la mutua dependencia que los cohesionan entre sí,

<sup>8</sup> La enseñanza de estos pensadores es irremplazable, pues, «conociendo nuestro pasado podemos asomarnos mejor al futuro», PORRAS CARDOZO, Baltazar E., «LIMINAR», El ciclo vital de fray Juan Ramos de Lora, 5.

<sup>9</sup> SAN AGUSTÍN, Soliloquios, II, 1, 1, 473.

<sup>10</sup> ARISTÓTELES, Física, VII, 2, 399, 244b5. Respecto a las cosas inanimadas y a las animadas dice: «entre los cuerpos naturales los hay que tienen vida y los hay que no la tienen; y solemos llamar vida a la autoalimentación, al crecimiento y al envejecimiento», Acerca del alma, II, 1, 168, 412a17-19.15.

<sup>11</sup> ARISTÓTELES, Física, VII, 4, 409, 249a.

<sup>12</sup> SAN AGUSTÍN, Del Orden, II, 13, 684.

la inteligencia pacientemente los hace forma de inteligibilidad, pues, «lo fragmentario, lo parcial, lo disociado, despierta y aviva el esfuerzo racional para enlazarlo con el todo de que forma parte»<sup>13</sup>.

En tal sentido pregunta San Agustín, «¿dónde falta una sombra de regularidad?»<sup>14</sup>. La naturaleza, causa segunda del orden, de la regularidad, requiere la inteligencia no sólo de los atributos parciales o individuales, sino los que

tienen los seres [otros] de más ámbito, porque se hallan dentro de un orden general, al que sirven: *natura ordinata, naturae ordo, ordo rerum*, [por cuanto] en todo lo existente, una cosa es aquello de que consta, otra lo que le discrimina de las demás y otra lo que le hace conveniente<sup>15</sup>.

Esto es, el conocimiento busca lo auténtico y lo mejor, no únicamente los rasgos inesenciales, también escudriña y entiende la esencia real de los seres. Así, «una ciencia será más excelsa y más rigurosamente científica en la medida en que su objeto sea más real, más inmutable y necesario»<sup>16</sup>.

Entender la esencia real de los seres, aspecto principal de la ciencia, del conocimiento, es saber la jerarquización que entre ellos existe y que existiendo cada cual *tal cual es* le precisa tal cual como *cada cual es*; en efecto, «entre las ciencias teóricas, la ciencia suprema será aquella cuyo objeto sea máximamente real y máximamente inmutable: puesto que la realidad suprema e inmutable es Dios, la Teología ha de ser por fuerza la ciencia suprema»<sup>17</sup>.

El diálogo es sobre el concepto de algo indeterminado, —*máximamente real y máximamente inmutable*—, que *desde* sí mismo estipu-

<sup>13</sup> SAN AGUSTÍN, «Notas», Del Orden, 705.

<sup>14</sup> SAN AGUSTÍN, Del Orden I, 8, 26, 619.

<sup>15</sup> CAPANAGA, V., «Introducción general», Obras completas de San Agustín, 55, nota 39: De ord. I 5, 12: PL 32, 984.

<sup>16</sup> CALVO MARTÍNEZ, Tomás, «Introducción general», Acerca del Alma, 39.

<sup>17</sup> CALVO MARTÍNEZ, Tomás, «Introducción general», Acerca del Alma, 39; y cf., pp. 47-48.55.

la para el pensamiento y el concepto caracteres determinados, porque «aquello que por un lado es simple, es indefinido por el otro»<sup>18</sup>. Por esto, el concepto de, sobre y desde Dios requiere máxima contemplación y respeto. Desde Dios se piensa sin violencia, ni verbal, ni psicológica, ni física; y esto ha de ser un comedido afán tanto de quien lo acepta como de quien lo rechaza.

### **Lo mejor en las nociones reflexivas**

En aquellos aspectos existenciales, aclarados por los del rechazo y los de la admisión, el punto de convergencia es *lo mejor*.

Las nociones de los autores citados generan otras, y aún son inconclusas, pues no se dice de ellas: son absolutamente ya perfeccionadas. Aquí está el punto de convergencia, porque la primacía de una noción es más clara en una comprensión paralela, en la que afirmando o negando, los oponentes coinciden en una cosa concreta, la cual traza la relación de unos con otros, los del rechazo y los de la admisión. Ahora, si todos admiten que esto es imposible, el diálogo de, sobre y desde Dios no se da cabalmente.

El concepto aristotélico, único moviente, el primero de los inmóviles, que al ser eterno será para todas las demás cosas el principio del movimiento, no posterga su comprensión. Tampoco la detiene. Sin embargo, lo imposible es pensar Alguien carente de tales atributos, anteriores al tiempo, a la existencia y al pensamiento humano. Por lo cual, las características de este Alguien, aun germinales en la inteligencia, resuenan en cualquier conciencia, e instituyen la sustancia nutricia de las ideas a interpretar en el diálogo.

Lo mejor, gramaticalmente<sup>19</sup> ya subraya la coincidencia entre partidarios y oponentes. Esta concurrencia al diálogo, innegablemente compleja, pero no imposible, ha tenido un concepto de reflexión en el cual se da cita una correspondencia real.

---

<sup>18</sup> BERGSON, Henri, «Primera lección. Sesión del 5 de diciembre de 1902», Historia de la idea del tiempo, 31.

<sup>19</sup> Nótese la inteligible distinción de la palabra mejor en Santo Tomás, Suma Teológica, I, q. 25, a. 6, ad 1, pp. 947.949.

El concepto de reflexión, se ha visto el aristotélico, el de San Agustín, ya despierta una inquietud que aspira a la armonía de una solución: el Dios incorpóreo e inefable. Ni el partidario, ni el oponente improvisadamente afirma: es sólo curiosidad, porque la interioridad, si no es presa de la tiranía del orgullo<sup>20</sup>, muestra que el hombre no es sólo sensibilidad o razón pura. En la interioridad la verdad es improrrogable, y la seguridad que le brinda a cada dialogante es la de beneficiarse de ella no contradiciéndola; en otras palabras, «que no estén en contradicción la lengua y la conciencia o la lengua y la fama»<sup>21</sup>.

Realmente Dios posee en sí la causa de su visibilidad independientemente de la definición, entonces, «“mejor me vería yo en Dios –recalca San Buenaventura– que en mí mismo”»<sup>22</sup>. Así, el primer Principio, incorpóreo, inefable, aludiendo esta expresión aristotélica, «es transparente en acto y en esto consiste su naturaleza»<sup>23</sup>. Dicha luz se transmite al espíritu humano, y desde él, en las palabras y acciones resulta, no sólo visible, sino iluminadora.

Dios sostiene en movimiento lo que en el hombre hay de transparente, y lo hace nítido en él bajo su influjo. Por ende, el hombre no es foráneo a tal transparencia, pues la Sabiduría «es cierta luz inefable e incomprensible de las inteligencias. Nuestra luz ordinaria nos ayude en lo posible a elevarnos a ella»<sup>24</sup>. La sabia transparencia tiene por finalidad la perfección, y ésta no se añade al hombre, pues es el golpe tenue y sonoro<sup>25</sup>, que, como voz interior, halla en el hombre significación y finalidad.

*Significación*, porque la perfección aun siendo corporal y espiritualmente sensible no se ve, y, no obstante, el buen calor y sabor de la misma reflejado en las mejores acciones, la muestran en muchos como gustable; y *finalidad*, porque hay entre transparencia divina y hombre

---

<sup>20</sup> Obsérvese al respecto esta sobria máxima, «el desprecio del primer Principio es la soberbia», SAN BUENAVENTURA, Breviloquio, Parte III, 9, 2, 317.

<sup>21</sup> SAN BUENAVENTURA, Breviloquio, Parte VI, 8, 4, 465.

<sup>22</sup> AMOROS, L., «Introducción general», Obras de San Buenaventura, 124, nota 1: Hexaëmeron, Coll. 12, t. v, 385ss.

<sup>23</sup> ARISTÓTELES, Acerca del Alma, II, 7, 191, 418b.

<sup>24</sup> SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 13, 23, 464.

<sup>25</sup> La dicción «golpe sonoro» es de Aristóteles, cf. Acerca del Alma, II, 8, 199, 420b33.

una *proporción idónea*<sup>26</sup> en cuanto que el hombre es incapaz de no apreciar en el espíritu el calor que desde Dios se le transmite, pues «ningún ser sin calor es capaz de sentir»<sup>27</sup>.

El sentir humano, sanado de la arrogancia, está en armonía, en proporción idónea con el Ser incorpóreo, cuando reconoce que «el sentido, por su parte, es la proporción», y la arrogancia, *exceso en lo sensible*, produce *ya dolor ya destrucción*<sup>28</sup>.

### Lo que espera cada uno del otro

Escuchar es el secreto de la correspondencia real. Las nociones de uno y otro, las del rechazo y las de la admisión, son producto de la mente, es decir, el fin inteligible es un razonable concepto desde Dios inclusivo, pues todo concepto (o definición) necesita ciertas aclaraciones, y si éstas, también aquellas<sup>29</sup>.

El cambio de ideas es lento y progresivo, y muy ventajoso para evitar la disipación de las voluntades. Es el triunfo de la cordura del espíritu, la cual conquista la razón misma para reforzarla y guiarla. El descenso y bajada de las ideas al concepto es obra de la contemplación<sup>30</sup>, porque en ella el hombre modera las ideas del espíritu según el criterio de la verdad. Ésta no tiene en el hombre su límite natural, pero tiene su lugar de sustento y divulgación. La verdad es una, y el hombre formado en ella es formador de su utilidad y eficacia en los demás.

Por consiguiente, el fin pretendido es el mejor concepto sobre, de y desde Dios, y la causa es ÉL Mismo, pues «cuanto hay en Dios es Dios»<sup>31</sup>; además, «no son [...] las cosas las que de por sí nos llevan a Dios, sino que es Dios mismo, o si se quiere, Dios por las cosas»<sup>32</sup>.

---

<sup>26</sup>. Término aristotélico, cf. Acerca del Alma, II, 12, 211, 424a30.

<sup>27</sup>. Acerca del Alma, III, 1, 214, 425a5.

<sup>28</sup>. Cf. ARISTÓTELES, Acerca del Alma, III, 2, 220, 426b10. 11-12.

<sup>29</sup>. Cf. ARISTÓTELES, Física, II, 9, 170, 200b.

<sup>30</sup>. Señala Aristóteles, «la actividad contemplativa es lo más placentero y lo más perfecto», Metafísica, XII ( ), 7, 488 1072b26-27; y recalca Santo Tomás, «conocer es un determinado vivir». Suma Teológica, I, q. 14, int., 541.

<sup>31</sup>. SANTO TOMÁS, Suma Teológica, I, q. 25, a. 1, 925.

<sup>32</sup>. AMOROS, L., «Introducción general», Obras de San Buenaventura, 144.

Por ende, el concepto no es un círculo cerrado a toda posibilidad de injerencia de esta Causa primera y orientadora, porque «ninguno de los seres subsistentes, excepto Dios, es superior a la mente racional»<sup>33</sup>; además, el concepto tampoco merma la eficacia de la sensatez en quienes lo estudian y esclarecen, ya que, «los que pretenden participar conjuntamente en una discusión tienen que estar de acuerdo en algo»<sup>34</sup>.

Cierto, en los esclarecimientos hay jerarquía, —por eso el concepto es inclusivo—, y, sin embargo, en ellos sobresale la de Dios, que pide discernir lo correcto de lo incorrecto<sup>35</sup>. El concepto no condiciona las correcciones del mismo, porque en éstas mantiene cuanto posee de correcto y adquiere cuanto necesita de ello.

Por ende, hablar desde Dios con los otros, apuntando las soluciones en una definición, es una realización progresiva por la que quien participa del diálogo a menudo ha de exclamar, «¡Oh, en qué ceguera he vivido hasta ahora!»<sup>36</sup>, pues, los conceptos, «muy distantes de la divina realidad, le reflejan con alguna aproximación», para que «más o menos se adecúen a lo divino»<sup>37</sup>.

En la introducción se dice: *dejémosle pedir la palabra, porque en realidad responde a la de alguien realmente distinto*; y esta norma inevitable en la comunicación, reflejo de humildad y sensatez en la correspondencia real, enfatiza este pensamiento, «recorre con tu espíritu todas las criaturas; en todas partes te darán voces diciendo: Dios nos ha creado»<sup>38</sup>.

## La instrucción

¿Quién es el que enseña? ¿Quién es el que aprende? Quien siempre aprende. La instrucción no es una anarquía. Es simpatía por la

<sup>33</sup>. SANTO TOMÁS, Suma Teológica, I, q. 16, a. 6, ad 1, 643.

<sup>34</sup>. ARISTÓTELES, Metafísica, XI ( ), 5, 438 1062a12-13.

<sup>35</sup>. «A menudo —reseña Aristóteles— los hombres se dejan llevar de sus imaginaciones contrariando a la ciencia», Acerca del Alma, II, 10, 246, 433a12-13.

<sup>36</sup>. CAPANAGA, V., «Introducción general», Obras completas de San Agustín I, 63 nota 70.

<sup>37</sup>. CAPANAGA, V., «Introducción general», Obras completas de San Agustín I, 81.82..

<sup>38</sup>. CAPANAGA, V., «Introducción general», Obras completas de San Agustín I, 83-84, nota 24: En. in. ps. 2612: PL 36, 205-6.

unión y la amistad. Y en éstas el conocimiento se mueve con armonía y coordinación. La conveniencia en las ideas instruye en la armonía a los dialogantes cuando refutan la sutileza de la adulación y el engaño; puesto que, «no hay nada tan difícil en el mundo como la franqueza, y nada tan fácil como la adulación»<sup>39</sup>. Ciertamente, los dialogantes se unen en la sinceridad de la instrucción, vínculo provechoso para ambas partes.

En esto resalta la solidaridad entre lo posible y lo real del algo definido en el concepto *mejor* para uno y para muchos. Así, ha de ser solidario (sólido) en la transparencia el *algo* que debe extenderse a otras interpretaciones; de hecho, «no es cierta la autoridad del que puede engañar o ser engañado»<sup>40</sup>.

En consecuencia, lo sólido mantiene la *naturaleza propia* al entrar en el dominio de lo común, porque «poseemos una sensación común y por accidente de los sensibles comunes»<sup>41</sup>. Así en esta *sensación común* la unidad, lo bueno, lo verdadero, dicho sobre tal algo no queda en un espíritu solitario desarraigado de toda certeza.

Ahora, también está el problema de las idolatrías y las falsedades. Puede hacerse del concepto una idolatría y de su asunto una falacia, produciéndose lo llamado por San Agustín «el laberinto de la contradicción de las lenguas»<sup>42</sup>.

El concepto idolatrado, falseado en tal *laberinto* se acoge impenablemente cuando abandona la comprensión de la verdad de la *naturaleza propia* que a él apoya, entonces las contradicciones lo desfiguran en un molde solamente artificial. No obstante, también es el molde, la forma en la que las palabras atizan el progreso interior hacia una ascensión rica, compleja, que balbucea el misterio de algo más sólido y firme<sup>43</sup>.

---

<sup>39</sup>. DOSTOYEVSKI, Fedor, Crimen y castigo, VI, 4, 57.

<sup>40</sup>. SAN BUENAVENTURA., Breviloquio, Prólogo, § 6, 3, 189.

<sup>41</sup>. ARISTÓTELES, Acerca del Alma, I, 3, 425a29-30. Sensibles comunes: movimiento, reposo, magnitud, número y unidad; cf. Acerca del Alma, 215.

<sup>42</sup>. CAPANAGA, V., «Introducción general», Obras completas de San Agustín I, 180, nota 47: En. in ps. 30, serm. 3,8: PL 36, 253.

<sup>43</sup>. «Siendo –apunta San Buenaventura– el primer y sumo principio simplicísimo por ser primero, y perfectísimo por ser sumo, por cuanto es perfectísimo se comunica perfectísimamente, y por cuanto es simplicísimo conserva su omnímoda indivisión» Breviloquio, Parte I, 3, 2, 211.

De esta forma se nota que el mejor concepto, deja en el hombre el deseo de aumentar su capacidad reflexiva, pues, la conceptualización del algo sólido, firme, perturba el ritmo estático y unilateral de las interpretaciones, y limita la profundización a lo mejor que conserva y desvela el contenido. En efecto, «al árbol humano hay que solmenarlo bien para que rinda todo el fruto de la esencia inefable»<sup>44</sup>.

### **Lo mejor para muchos**

El diálogo entre hombres desde Dios es la fusión de los participantes en el respeto. En éste las interpretaciones de las definiciones reúnen no un caos de opiniones, sino una diversidad de entendimiento, un sentido común del *mejor* concepto de Dios, accesible tanto al más como al menos erudito.

San Agustín ha apuntado la palabra *inefable esencia*; algo o alguien al que un signo o un fonema gramatical no expresa cabalmente. Esta palabra suele referirse a Dios y al hombre. Como objetivamente es inexpresable algunos la rechazan, otros la ridiculizan y otros asumen el consejo agustiniano, «yo penetro tan profundamente como puedo y no hallo fin»<sup>45</sup>.

Lo mejor para muchos subsiste en una diversidad de entendimiento, y éste inspira confianza, pues lo dicho, luego de meditar puntos tan exigentes, aproxima a la mente del semejante lo que ha querido comprender y no ha podido. Así lo inefable procede en una manifestación de esperanza, ya que incita la mente a no aferrar la imagen sino lo que es y ella tenuemente representa.

De este modo irrumpe el respeto. En éste se comunica mejor la verdad, porque con él el sentido de aquella no es discriminatorio, y de ella, aunque diversa, tiene una fecundidad prolífica tanto el instruido como el que no ha adquirido más instrucción fuera de la experiencia personal; sin embargo, «poder saber es poder algo»<sup>46</sup>.

---

<sup>44</sup>. CAPANAGA, V., «Introducción general», Obras completas de San Agustín I, 204.

<sup>45</sup>. CAPANAGA, V., «Introducción general», Obras completas de San Agustín I, 206, nota 74: Conf. X 17.

<sup>46</sup>. SAN BUENAVENTURA, Breviloquio, Parte I, 6, 5, 227.

El progreso del conocimiento tanto en corrientes filosóficas, científicas, teológicas no debe ser selectivo, pues el orden de las ideas no es autónomo de quien las fragua. El hombre las reflexiona y las comunica, y no las pierde en la *diversidad de pensamiento* cuando en ésta encuentra incentivos nuevos para nuevos hallazgos.

En la moderación y en la cordialidad el progreso del conocimiento es irreductible a un mero '*como sí*', subordinado a los caprichos de una razón esclava de la pasión<sup>47</sup>; en consecuencia, a uno de los personajes el mismo Dostoyevski le hace decir, «para ellos [*partidarios de la abolición completa de la personalidad*] el supremo progreso es parecerse lo menos posible a sí mismo»<sup>48</sup>.

El que afirma *el progreso es Dios*, asoma una idea panteísta que diviniza al hombre y de este modo lo desencarna en un tipo de hombre superior desentendido de su propia finitud y de la del otro. La definición sobre, de y desde Dios no es otra que la que coopera a tener en cuenta este aspecto de la finitud humana.

### **El sentido común, radica en la proporción**

En todo concepto hay una realidad descrita, lógicamente definida en el concepto, pero físicamente distinta de él <sup>49</sup>. La pregunta no sólo *qué es*, sino también *si existe* es legítima. Por supuesto, en la solución el recurso a la razón es válido, pero reparando en sus límites, irremplazable en el conocimiento de la realidad, pero ésta de ningún modo reemplazable por ella; «es absurdo –anota al respecto Aristóteles– fiarse sólo del pensamiento, pues el exceso o defecto no está en las cosas, sino en el pensamiento»<sup>50</sup>.

Un concepto agrega el esfuerzo de muchos pensadores. Primero, el del emisor que le imprime fuerza espiritual y elementos lógicos, características imprescindibles de su universalidad. Segundo, el del receptor que explica y define la índole literal del concepto, para demostrar

---

<sup>47</sup>. Cf. DOSTOYEVSKI, Fedor, Crimen y castigo, IV, 1, 338, 338

<sup>48</sup>. «TERCERA PARTE. CAPÍTULO PRIMERO», Crimen y castigo, III, 1, 241.

<sup>49</sup>. Es este uno de los sentidos en que versa la amplia reflexión desde Dios en San Buenaventura, Cf. Breviloquio, Parte I, 205-239.

<sup>50</sup>. ARISTÓTELES, Física, III, 8, 213, 208a15.

que no es una categoría intelectual a secas, sino un soporte de paralelismo entre el emisor y el receptor en función del objeto referido. Por eso, resulta oportuno a este paralelismo precisar el criterio aristotélico a esta sentencia, «el error pierde, la verdad dirige: *error perdit, veritas regit*»<sup>51</sup>.

El hombre, no inmune al error, aprende a sumergirse dentro del *yo íntimo*, en la semejanza consigo, desde donde purifica sus ideas de la servidumbre, del fanatismo y del fatalismo. Estos imprimen el quiebre y desintegración del yo íntimo, descentralizándolo del sentido del equilibrio tan útil en las meditaciones. El equilibrio evidencia en el concepto el respeto hacia quien lo elabora, hacia quien se orienta y desde quien se edifica; «el espíritu humano –se apunta– como recipiente de verdades inmortales, reclama otro espíritu originario, fuente de todo lo verdadero»<sup>52</sup>.

La pregunta no sólo *qué es*, sino también *si existe* este otro espíritu originario es legítima. La respuesta exige cordialidad y tolerancia, porque la realidad a analizar es compleja para quien la entiende, no en sí<sup>53</sup>; por ende, insta la interrelación entre sensibilidad e inteligencia, pues ella en realidad es fuente perenne de energías fecundas, y así una petición incesante de claridad.

No se fuerza la inteligencia a desvincularse de todo aquello que le es diferente. La sensibilidad y la inteligencia se unen al diferente que en ellas se muestra *tal* para el concepto y el verbo<sup>54</sup>. La unidad, sensibilidad y la inteligencia, diagnostica y sana las tachas de las figuras de la imaginación, librándola de la «profanación del conocimiento»<sup>55</sup>, pues, el inteligir no tiene lugar sin el cuerpo<sup>56</sup>.

<sup>51</sup>. CAPANAGA V., «Introducción general», Obras completas de San Agustín I, 269.

<sup>52</sup>. CAPANAGA V., «Introducción general», Obras completas de San Agustín I, 275.

<sup>53</sup>. Acerca de esto San Buenaventura ratifica en relación al alma racional, «como forma inteligente, entiende no sólo las esencias creadas, sino también la “esencia creadora”, a cuya imagen fue hecha con memoria, entendimiento y voluntad», Breviloquio, II, 9, 1, 271.

<sup>54</sup>. Véase la evaluación aristotélica entre sentido, órgano, el objeto sensible en el cual el sentido discierne, discrimina (Agustín) las diferencias que en cuanto cualidades, quien las percibe y entiende, las caracteriza en una enunciación. Cf. ARISTÓTELES, Acerca del Alma, III, 2, 220-221, 426b10-15.20.

<sup>55</sup>. SAN AGUSTÍN, «Introducción general», Obras completas de San Agustín I, 291.

<sup>56</sup>. Cf. ARISTÓTELES, Acerca del Alma, I, 1, 134, 403a5.

## La capacidad de razonar

Ésta es receptiva, pues la afección está en el hombre y así su pensamiento está en intrínseco contacto con la cosa pensada. El pensamiento y la cosa en el acto de la intelección son congéneres. Está dándose en ellos una unidad en la que no pueden simultáneamente reemplazarse entre sí. Esta unidad es intelección, y ésta no escapa a la afección del sentiente por lo sentido.

La capacidad de razonar ayudada con la inteligencia y la sensibilidad no cede a la simplificación inmediata de la *altera realitas* de la cosa. En la unidad de ellas está y acontece la reflexión. Al dejar que sólo lo externo avance en el conocimiento, la afección se muda en tosquedad dejando poco o nada para el espíritu. Al contrario, recludiendo todo en el interior se transforma en una omnímota potestad en la que sólo se hace patente la distracción en lo que se interioriza.

Ahora, inteligencia y sensibilidad, no reemplazables simultáneamente<sup>57</sup>, sino diversas —con diversidad para la unidad— ninguna queda desafecta en el momento de aprehender juntamente el ser y el bien común que las cosas tienen en sus límites y despliegan hacia las inteligencias.

Se ha señalado, *el pensamiento y la cosa en el acto de la intelección son congéneres*. Por ende, la intelección no queda desierta, ya que, la legitimidad de tal acto no radica en el echar a suerte sobre cuál recae la obligación de la prioridad en la aprehensión, o en el pensamiento o en la cosa, sino la de observar un momento objetivo que no es uno en uno y otro en otro.

Así puede hablarse de fidelidad, y ella en la aprehensión de lo aprehendido pide rectificaciones o modificaciones, pues conviene ir reflexivamente desde las cosas al que es «corona y cima del conocimiento»<sup>58</sup>, y en tal empeño esta breve proposición es alentadora, «Dios mío, no te quedes lejos» (Salmo 37).

<sup>57</sup>. Nótese el comentario de San Buenaventura alusivo al alma en tanto que substancia singular. Cf. Breviloquio, Parte II, 9, 5, 273.

<sup>58</sup>. CAPANAGA V., «Introducción a los diálogos», Obras Completas de San Agustín I, 399.

La capacidad de razonar no acontece en el hombre como si fuese un estuche vacío, como si pudiese escindir la razón de su corporeidad. Esta escisión es ilícita. El hombre no añade la razón a la corporeidad; por ésta no permanece en una razón completamente pura teniendo de contiguo las cosas con las cuales está permanentemente en contacto. La corporeidad evita la inanición e inmovilización de la razón, y ésta está en el sentido (tacto, vista, oído, etc.) porque incluso las cosas más pequeñas e insignificantes descubren elementos en los que el hombre íntegro «está en ellas o ellas están en él»<sup>59</sup>.

¿Qué significa que el *hombre íntegro está en las cosas, aun en las pequeñas e insignificantes, o ellas están en él?* Las cosas con sus propiedades son reales en sí mismas y al propio tiempo en la inteligencia. No se eclipsan sin ser vistas, pero tampoco eclipsan al hombre cual beodo<sup>60</sup> en su poquedad propia.

El ser humano no puede con ambas manos (aprehensión y razón) apartar la realidad de las cosas, porque con ellas tiene mucho en común, y lo *más común* es que en ellas evidencia que la verdad siempre clama lo mejor del hombre no idealizado, sino de veras humano; en efecto,

y esto es lo que sucede a [los] idealistas: hasta el último instante adornan al hombre con plumas de pavo real; hasta el último instante esperan el bien, y por más que tengan el presentimiento de que va a ser todo lo contrario, se niegan a aceptar la realidad, apartándola con ambas manos, hasta el preciso momento en que el hombre idealizado se burla y se ríe de ellos, mostrándose tal cual es<sup>61</sup>.

La filosofía y la teología —teología filosófica— tienen en este mundo como principal exponente al hombre, que, como se dice de San Agustín, «es la suya una filosofía del hombre que trabaja, suda y

---

<sup>59</sup>. CAPANAGA V., «Introducción a los diálogos», Obras completas de San Agustín I, 424, nota 95: De inmort. animae X 17.

<sup>60</sup>. Término extraído de DOSTOYEVSKI, F., Crimen y castigo, I, 1, 6.7.

<sup>61</sup>. DOSTOYEVSKI, F., Crimen y castigo, I, 4, 50. Es uno de los monólogos del personaje Raskolnikov.

reza»<sup>62</sup>; ya que este viviente humano «es un prodigioso ser temporal que lleva dentro de sí verdades eternas»<sup>63</sup>.

### La afección del sentiente por lo sentido

Radica en una constante reiteración la duración de la intelección en algo. Este algo acogido en la inteligencia no es transeúnte, sino esencialmente presente. La *presentidad* es donada –podría decirse determinada– por algo o alguien en la inteligencia.

Esta *presentidad*<sup>64</sup> es reiteración en la claridad, y ésta es indispensable con el propósito de saber administrar lo prestado por las cosas con cautela y prudencia. Por eso, la duración es dominar con acierto la diferencia entre pura fascinación y reflexión.

La pura fascinación es admitir que sólo las partes extraídas a secas de las cosas colman el concepto. Y la reflexión es evitar que la mente siga indiferente ante ellas<sup>65</sup>.

Por consiguiente, siempre hay un imprevisto que exige a la inteligencia reflexión cautelosa y prudente:

pues por repetida experiencia sé que cosas que tenía por indiferentes, cuando me han venido a la memoria, me impresionaron mucho más de lo que suponía; y otras que representadas por la imaginación no me hacían mella, en la realidad me han perturbado más de lo que esperaba<sup>66</sup>.

La duración no es retar quién resiste más –o la inteligencia o las cosas– sino un estar vigilante, porque el hombre es complejo –experiencia, memoria, imaginación y más– no un recipiente vacío. Necesita

<sup>62</sup>. CAPANAGA V., «Introducción a los diálogos», obras completas de San Agustín I, 420.

<sup>63</sup>. CAPANAGA V., «Introducción a los diálogos», Obras completas de San Agustín I, 423.

<sup>64</sup>. «El sentido –corroborada San Buenaventura– no percibe los objetos sino teniéndolos presentes», Breviloquio, IV, 6, 8, 357.

<sup>65</sup>. Advértase la definición del cuerpo humano del que San Buenaventura destaca la cara, las manos y la cabeza. Cf. Breviloquio, II, 10, 277.

<sup>66</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 9, 16, 455.

autenticar más y mejor las opiniones en la reflexión; «al amparo del silencio –apunta San Agustín– discutiré con diligencia y cautela contigo»<sup>67</sup>.

La reflexión diligente prueba que constantemente hay la intelección de algo, y que esporádica o incluso imprevistamente hay otro que cuestiona tal intelección. Por eso, la duración es una constancia prolongada en el análisis de las ideas, pero a la vez la adquisición de firmeza en las respuestas una vez cuestionadas.

Heidegger pregunta, ¿por qué el ente y *no la nada*?<sup>68</sup> Porque hay algo que es no-nada, nada impide que Él sea<sup>69</sup>; y así intelección de algo es interpelar por la distinción específica y ontológica;

¿no sabes –pregunta la razón a San Agustín– que, entre la multitud de los animales, solamente el cocodrilo mueve la mandíbula superior para comer y, sobre todo, no repasas en que ninguna cosa puede hallarse semejante a otra sin que difiera de ella en algo?<sup>70</sup>.

### La donación

¿Qué se ofrece primero: la inteligencia que conoce o la cosa?

El diálogo de algo es sobre proposiciones con sujeto. La inteligencia de quien elabora su visión en aquel está limitada –ella misma lo requiere– a la explicación aclarativa, cualitativa, cuantitativa de una cosa concreta, por cuanto, «los límites son sólo de aquello de lo cual son límites»<sup>71</sup>.

<sup>67</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 15, 30, 471. Contigo, se refiere a la razón, por ende Soliloquios.

<sup>68</sup>. HEIDEGGER, M., *Che cos'è Metafisica?*, ed. it. F. Volpi, 67; tal pregunta fue reemprendida por Heidegger y Wittgenstein; antes de ellos se la formularon Siger de Brabante, Leibniz y Schelling. Cf. VOLPI, F., «Nota introduttiva», *Che cos'è Metafisica?*, 33.

<sup>69</sup>. Véase la explicación de las tesis: 1) *ex nihilo nihil fit*; 2) *ex nihilo fit – ens creatum*, y 3) Dios como *summum ens* y *ens increatum*, en HEIDEGGER, M., *Che cos'è Metafisica?*, 61-62.

<sup>70</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, II, 8, 15, 491-492.

<sup>71</sup>. ARISTÓTELES, Física, IV, 11, 275, 219b20.

Los límites favorecen la armonía. Las cosas tienen medida, y ésta define la inteligencia a analizarlas. Una medida es fin y comienzo, porque ella es irrepetible en la otra, ya que ésta la incumbe, y atañidas son causa de la estructura de la cosa en la definición.

Ahora la medida de la cosa y de sus partes en ella permanece. Pero hay una incertidumbre, la de avanzar por las cosas sin malograr el provecho que prestan al hombre en su anhelo de coronar lo mejor<sup>72</sup>. Las cosas no son ficciones; en ellas han sido puestas y descubiertas propiedades buenas y verdaderas que justifican su finalidad en el mundo. No hay en ellas carencia de verdad, de bondad, mucho menos privación de ser<sup>73</sup>.

Por eso, la inteligencia es más que remedar, porque no puede ser lo que remeda. De este modo posee un carácter de primariedad, pues, «lo falso se llama en las cosas que sentimos aquello que tiende a ser algo y no lo es»<sup>74</sup>.

La inteligencia humana tiene este *carácter de primariedad* cuando no sólo ejerce una reproducción de las cosas, sino que asegura en ellas lo que en ella no es un engaño, y la seguridad de que a ella no confina todo cuanto busca, ya que, «la faz de la verdad es única e invariable»<sup>75</sup>.

San Agustín expresa *sentimos*, y el sentir humano es inteligente y la inteligencia sentiente, porque, ¿cómo explicar que las cosas legitiman en el hombre íntegro su ser verdaderas o falsas? La cosa puede ser falsa o puede ser verdadera, tiene una *fuerza de imposición*, situándola

<sup>72</sup>. Basado en Hugo de San Víctor, Lib. I De Sacram., p. X, c. 2 (citado en BREVILOQUIUM.—PARS II, 286), San Buenaventura habla del ojo de la carne, de la razón y de la contemplación, y este perfil aprovecha al hombre en su anhelo de coronar lo mejor, pues, «el ojo de la carne para ver el mundo y lo que hay en él, el ojo de la razón para ver el alma y lo que hay en ella y el ojo de la contemplación para ver a Dios y lo que hay en Dios; de modo que con el ojo de la carne el hombre [ve] lo que hay fuera de él; con el de la razón, lo que hay dentro de él, y con el de la contemplación, lo que hay encima de él». Breviloquio, II, 12, 5, 287.

<sup>73</sup>. Cf. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, II, 17, 31, 512-513.

<sup>74</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, II, 9, 17, 495.

<sup>75</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, II, 20, 35, 520.

en sus específicos límites, importantes a las inteligencias en su esfuerzo de comprobar de *esta cosa* que es verdadera o falsa cual sujeto de la proposición.

Al respecto ora San Agustín: «Dios que nos desnudas de lo que no es y vistas de lo que es»<sup>76</sup>. Y esto respalda dos razones, cardinales para entender esta parte del artículo y todo éste, 1) «Que te busque, Padre mío, sin caer en ningún error; que al buscarte a ti, nadie me salga al encuentro en vez de ti»<sup>77</sup>; y 2) «Dios cuyo reino es todo el mundo que no alcanzan los sentidos»<sup>78</sup>.

San Agustín habla de un *sujeto conocedor*<sup>79</sup> realizando la *percepción sensible*<sup>80</sup>, no como dos aspectos intrínsecamente incomunicados, sino cual unidad intelectual con la que revela, «la naturaleza de las cosas, dando a cada una lo que se le debe, sin omitir nada de lo que le pertenece ni añadirle lo que le sea extraño»<sup>81</sup>.

Tal unidad entre el sentir e inteligir<sup>82</sup> se realiza propiamente en el cuerpo humano, porque la inteligencia no puede subsistir en otra parte que no sea el cuerpo; en efecto, indica la razón a San Agustín, «[...] siempre habrá sentidos. Es así que no puede haber sentidos sin un alma que sienta [*sensus sine anima*]: luego el alma es inmortal, pues no puede sentir sin vivir. Vive, pues, siempre el alma»<sup>83</sup>.

El sentido y la intelección están en acto aunque la inteligencia no elabore *de inmediato* una definición o un enunciado. De hecho, Aristóteles aclara que *quedan las sensaciones e imágenes en los órganos sensoriales aun en ausencia de las cualidades sensoriales*<sup>84</sup>. Por supuesto, pensar y sentir no son lo mismo<sup>85</sup>, y, sin embargo, no se separan ni se

<sup>76</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 1, 3, 438.

<sup>77</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 1, 6, 441; referido al error explica Aristóteles, «es más frecuente aún en los animales y el alma permanece en él más tiempo (que en la verdad)», Acerca del alma, III, 3, 224, 427b.

<sup>78</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 1, 3, 437.

<sup>79</sup>. Cf. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, II, 5, 8, 484.

<sup>80</sup>. Cf. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, II, 5, 7, 483.

<sup>81</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, II, 11, 20, 499.

<sup>82</sup>. En anatomía está la palabra somatosensorial, afín a lo llamado por San Agustín alma senciente (*sensus sine anima*). Cf. AA.VV., «Sistema nervioso», Anatómica, 10.

<sup>83</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, II, 3, 4, 480.

<sup>84</sup>. Cf. ARISTÓTELES, Acerca del alma, III, 2, 218, 425b25.

<sup>85</sup>. Cf. ARISTÓTELES, Acerca del alma, III, 3, 224, 427b5.

le da anterioridad a uno respecto al otro cuando en todo acto el hombre manifiesta ser realmente uno.

Por ende, la expresión agustiniana, *alma senciente*, la de la anatomía *somatosensorial*, conducen a esta otra nota aristotélica,

una sensación en acto es un movimiento a través de un cuerpo, en el curso del cual la capacidad de sentir es afectada de alguna manera. Y en todas las cualidades en que puede alterarse lo inanimado puede también alterarse lo animado, pero no a la inversa, ya que lo inanimado no puede alterarse según las sensaciones; además, el uno se da cuenta de lo que le afecta, el otro no<sup>86</sup>.

Dios afecta al hombre, *afección del sentiente por lo sentido*, y el hombre, ser animado, *se da cuenta* que Alguien, Dios, le afecta, no con violencia, sino con tacto divino, pues, dice Mónica a Agustín, «nadie puede llegar a Dios sin buscarlo. Y nadie lo busca sin sentirlo»<sup>87</sup>.

Luego, la unión de la inteligencia con las cosas no es un obstáculo cuando ella encuentra a los otros en quienes ella también está y actúa. Así aparece una cooperación, primero, para comprender los fenómenos del mundo externo e interno, y segundo, para que a partir de esa comprensión surjan motivos dialécticos y discursivos, pues, al dicho, «hasta aquí llega Dios, aquí comienza la criatura»<sup>88</sup>, pide diversas demostraciones serias y esforzadas, porque, «los primeros en llegar a la verdad pueden comunicarla sin trabajo a los otros»<sup>89</sup>.

El dicho anterior a esta observación agustiniana alerta al conformismo, pues con éste el hombre dice: Dios existe, para qué más preocupaciones, sólo basta conformarse; pero, de otro lado, alerta al optimismo: existe, dejémosle tranquilo, y que el hombre, cual progresista solitario, tome las riendas de todo lo demás.

---

<sup>86</sup>. ARISTÓTELES, Física, VII, 2, 399, 244b12-18.

<sup>87</sup>. SAN AGUSTÍN, De la vida feliz, 3, 19, 564.

<sup>88</sup>. SAN AGUSTÍN, «Notas a los Soliloquios», Obras completas de San Agustín I, 526.

<sup>89</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 12, 20, 460.

Estas apreciaciones son subjetivistas porque relativizan al espíritu humano únicamente a lo útil y estimulante. Asimismo rayanas en el innatismo, el cual sostiene que en la mente hay bosquejos de ideas impresas, de las que el razonamiento produce la ciencia actual.

Por supuesto, el sujeto conocedor no renuncia a su progreso ascendente desde lo Mejor hacia lo Mejor; y aun encontrando en las cosas por las que pasa específicos atractivos, en éstos no hiela su humanidad, pues, «inteligible es Dios, y al mismo orden inteligible pertenecen aquellas verdades o teoremas de las artes; con todo difieren mucho entre sí»<sup>90</sup>.

Acatar esta diferencia es hacer de la inteligencia una virtud, y no una sustancia viciada con el intelectualismo; la virtud es la medida de su fuerza, de sus limitaciones, pues, «la virtud es una cierta perfección [...] mientras que el vicio es una destrucción y un extravío»<sup>91</sup>.

### La estructura

En una cosa real las partes mantienen su estructura. ¿Habrá un modo de ser distinto para cada una de estas partes, y dos partes iguales existirán simultáneamente? El modo de ser es distinto, porque la parte está definida. Su definición está establecida en la estructura, pues la totalidad de ésta es medida de todas sus partes. En el cuerpo humano existen los dos ojos, los dos oídos, los dos brazos, las dos piernas, pero, ¿existen simultáneamente? ¿Son exactamente iguales en su estructura anatómica?

A estos interrogantes hay una razón clara, es decir,

porque se dice que una cosa es la misma que otra si no se distinguen por una diferencia específica, pero no si se distinguen, como un triángulo se distingue de otro triángulo por una diferencia de triángulo [el equilátero y el escaleno], y por eso son triángulos distintos, pero no se distin-

---

<sup>90</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 8, 15, 453.

<sup>91</sup>. ARISTÓTELES, Física, VII, 3, 402, 246a12.18.

guen por la figura, sino porque están bajo una y misma división<sup>92</sup>.

Aun dividida cada parte en sí tiene una solidez, y las hace compatibles, por diferencia específica, a la armonía del cuerpo. El modo en que funciona cada cual determina la economía de la energía de todo el compuesto orgánico. Es una organización de carne y espíritu<sup>93</sup>, los cuales están interconectados haciendo del cuerpo humano una armonización entre ambos.

Las partes –ojos, oídos, brazos, piernas, etc.– existen simultáneamente en el cuerpo obrando el sólido estado del mismo, pero difieren en su función, porque ésta en cada una es poquísima en relación a toda la exigida por el organismo. La una necesita de la otra colmando la necesidad de perfección de la estructura física del cuerpo, y al mismo tiempo desde ésta se extiende la lucidez de la inteligencia, el sentimiento y la voluntad.

De este modo el cuerpo humano despeja un lenguaje, una elocuencia que acoge favorablemente a lo que domina; tiene «su límite en la naturaleza, ya que no [puede] salirse de su medida; pero esta medida sería menor si le faltasen los alimentos»<sup>94</sup>.

El alimento nutre al cuerpo del hombre y lo capacita para que no abandone en la esterilidad las acciones superiores. Sin embargo, un cuerpo embriagado sólo de sí difícilmente apoyará el diálogo, así como un cuerpo al que se le niega la oportunidad de nutrirse. Y en ésta siempre hay una distinción, ya que, «hay dos géneros de alimentos: unos saludables y provechosos y otros mortales y nocivos»<sup>95</sup>.

Con hambre no hay diálogo, sino desesperación; en efecto, esta referencia aristotélica, «en nada contribuyen a la alimentación ni el sonido ni el color ni el olor»<sup>96</sup>, se entiende en dos acepciones:

---

<sup>92</sup>. ARISTÓTELES, Física, IV, 14, 290, 224a5-10.

<sup>93</sup>. Cf. SAN BUENAVENTURA, Breviloquio, Parte VII, 5, 1.2, 518-519.

<sup>94</sup>. SAN AGUSTÍN, De la vida Feliz, 2, 7, 550.

<sup>95</sup>. SAN AGUSTÍN, De la vida Feliz, 2, 8, 552.

<sup>96</sup>. ARISTÓTELES, Acerca del alma, II, 3, 176, 414b10.

1) No se trata de una indiferencia relativa a los alimentos, porque el apetito se orienta rigurosamente a lo sabroso, y el sonido, el color y el olor pueden estimular esta orientación.

Y 2) la que más se aproxima a la intuición de Aristóteles y a la frase del texto *con hambre no hay diálogo, sino desesperación*, indica que ningún organismo vivo, excepto por enfermedad, se alimenta de modo artificial con el sonido, el color y el olor.

Desde luego, con exageración en la hartura tampoco hay diálogo, sino inapetencia espiritual. Por eso, sensata ha de ser la correlación en la armonía del cuerpo con el orden del mundo, pues, «si esto es posible en un animal, ¿qué impide que ocurra lo mismo en el Todo? Porque si esto ocurre en un microcosmos también podrá ocurrir en un macrocosmos»<sup>97</sup>.

Aristóteles habla de diferencia específica y diferencia de triángulo (el equilátero y el escaleno); en el cuerpo (microcosmos) se da la diferencia específica y está determinada en la función de cada miembro con respecto al otro.

Un brazo es diverso del otro aunque estén simultáneamente en el cuerpo y parezcan iguales. Es diverso, porque a uno respecto al otro le es propicio en cuanto brazo, pues una cosa es tenerlos y otra actuar según cada uno. Uno más potente el otro menos, y así como en el triángulo, uno de lados iguales, otro de lados desiguales, apoyan la definición típica de triángulo equilátero-escaleno, así los distintos miembros del cuerpo sustentan a la inteligencia, al sentimiento y a la voluntad en cuanto notas superiores que en ellos no puede faltar; pues, «“no puede verificarse lo que quieres, quiere lo que puedas”»<sup>98</sup>.

### **La diferencia específica**

No hay proposición sin sujeto, y no hay sujeto que no sea uno y el mismo con respecto a otro<sup>99</sup>. Al sujeto no se le aplica algo específi-

---

<sup>97</sup>. ARISTÓTELES, Física, VIII, 2, 431, 257b25-28. Ver el vínculo entre macrocosmos y mundo menor en San Buenaventura, Itinerario, II, 2, 577.

<sup>98</sup>. SAN AGUSTÍN, De la vida Feliz, 4, 25, 570.

<sup>99</sup>. Cf. ARISTÓTELES, Física, 313, nota 32.

camente distinto. Dios es absolutamente uno. Dios es el refugio (lugar incircunscriptible) de su ser, por ello, aunque si el hombre llega a abandonarlo, «se piensa que tiene todavía algo de lo que ha abandonado»<sup>100</sup>.

En toda oración siempre hay un sujeto que es uno y el mismo con respecto a otro. En el sujeto los atributos uno y el mismo se equivalen, ya que «lo que está en un sujeto no puede subsistir si no subsiste el mismo sujeto»<sup>101</sup>. Dios existe siendo uno y el mismo. Ahora, si el hombre no es uno y el mismo con toda la diferencia específica de sus miembros, entonces es fragmentado, y si lo es, cede ante la pobreza de su ser, y en sus palabras no hallará la más adecuada para referirse a otro que no sea él. No obstante, el hombre no es un ciego coleccionista de palabras.

Hay dos términos contrarios: ser y no ser<sup>102</sup>. El ser es fecundidad<sup>103</sup>, y muestra ésta en la entereza del *estar siendo*, pero el no-ser es contrario al estar siendo de tal entereza, porque en éste hay intervalos existenciales, dolor físico o moral, decepciones, derrotas, etc., con el fin de no hartarse en las comodidades de un optimismo desencarnado del estar siendo humano; pues, no «se ha de esperar algo donde todo se posee»<sup>104</sup>.

El insensato orgullo racional desvincula esos dos términos no obstante estén íntimamente vinculados en la vida humana; por ejemplo, ¿en qué lugar se disciplinan las pasiones? Éstas coexisten en el hombre, pero en ellas no está la medida de su ser, porque más bien auxilian al decoro y proporción. En el hecho de purificarlas, el hombre habilita con autoridad y razón, el elogio a Aquel, refugio (lugar) de su ser, «donde nada falta ni sobra»<sup>105</sup>.

La purificación es para el cuerpo y el alma<sup>106</sup>, y éstos, indudablemente, para la elaboración del concepto sobre, de y desde Dios, pues

<sup>100</sup>. ARISTÓTELES, Física, V, 6, 328, 230b30.

<sup>101</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 15, 29, 471.

<sup>102</sup>. Cf. SAN BUENAVENTURA, Breviloquio, Parte V, 2, 3, 383.

<sup>103</sup>. Cf. SAN AGUSTÍN, De la vida Feliz, 4, 31, 576.

<sup>104</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 7, 14, 453.

<sup>105</sup>. SAN AGUSTÍN, Soliloquios, I, 1, 4, 439.

<sup>106</sup>. En este sentido véase el inteligir en el cual «caben tanto el inteligir con rectitud como el inteligir sin rectitud; el inteligir con rectitud está constituido por la prudencia, la ciencia y la opinión verdadera, y el inteligir sin rectitud por lo contrario de ellas». ARISTÓTELES, Acerca del alma, III, 3, 224, 427b12-13.10-12.

el ascenso de lo material a lo espiritual no es un acostumbrado resabio, sino cosa muy seria y ardua que progresa en la esperanza de no abandonar la erudición con la que se clarifica e instruye al otro<sup>107</sup>.

El concepto de, sobre y desde Dios, teniendo en ÉL el sustento de los postulados, «dada una cosa cualquiera, rotula Santo Tomás, puede Dios hacer una mejor»<sup>108</sup>, no se efectúa en una «guerra de información forzada»<sup>109</sup>, porque tal fundamento, sustento de los postulados del concepto, respalda «*que el verdadero Dios, sea de todos conocido y servido, y glorificado y adorado*»<sup>110</sup>.

### Dios como lugar incircunscripto

Dios mismo es el Ser cuya infinitud reconoce la finitud del hombre. Dios y hombre son lógicos y realmente distintos en cuanto a infinitud. El hombre es infinito relativo porque es acompañado de un Infinito primero que no es él, «y entiendo por “primero” –dice Aristóteles– lo que no es tal en virtud de que algo distinto sea primero»<sup>111</sup>.

La infinitud del hombre es la de estar simultáneamente en y desde Quien puede estar en Sí Mismo y en él, pues, «lo finito está comprendido en lo infinito»<sup>112</sup>. La *naturaleza propia*<sup>113</sup> del hombre lo instruye a ser finito con respecto a la naturaleza propia de Dios.

En la voz infinitud es ducho el hombre cuando se habitúa al *reco-gimimiento interior*<sup>114</sup>. En éste aprende a librarse de la superstición del yo

<sup>107</sup>. En la reflexión sobre el don del entendimiento, respaldado San Buenaventura en el texto del profeta Isaías (11,1-3), deduce: «nos prepara para la pureza de corazón, pues la especulación de la verdad limpia nuestro corazón de todas las fantasías». Breviloquio, Parte V, 6, 5, 407.

<sup>108</sup>. Suma Teológica, I, q. 25, a. 6, ad, 949.

<sup>109</sup>. PORRAS CARDOZO, BALTAZAR E., El Ciclo Vital de Fray Juan Ramos de Lora, 85.

<sup>110</sup>. PORRAS CARDOZO, BALTAZAR E., El Ciclo Vital, 78, nota 202: Antonio Ramón Silva, Ob.Cit. T.1, p.49. Por su parte, en relación a la exposición del fundamento y a la frase de Fray Juan Ramos de Lora San Buenaventura asevera, «trascender al eterno, espiritualísimo y superior a nosotros mirando al primer Principio [...] es alegrarse en el conocimiento de Dios y en la reverencia de la majestad». Itinerario, I, 2, 567.

<sup>111</sup>. ARISTÓTELES, Física, VI, 7, 358, 235b30.

<sup>112</sup>. ARISTÓTELES, Física, VI, 7, 372, 238b15.

<sup>113</sup>. Cf. ARISTÓTELES, Física, VI, 10, 384, 241b.

<sup>114</sup>. Cf. SAN AGUSTÍN, Del Orden, I, 3, 6, 599.

que, al ser elogiado con hipérbole, hinchado por la arrogancia, no admite ningún otro, aun teniendo de él la experiencia de serle mejor. Ello conduce al olvido de sí mismo, y éste a menudo a la pregunta, ¿quién soy?, pues el hombre, aun el más asiduo al *egocentrismo*, siente arder dentro de sí «una luz muy diferente, muy superior»<sup>115</sup>.

La sujeción del orgulloso dominio<sup>116</sup>, además de necesitar la reminiscencia frecuente de la pregunta ¿quién soy?, en la respuesta a ésta, clarea esta otra, «¿dónde no reina la medida?»<sup>117</sup>.

Esta cuestión ayuda a afinar la agudeza del ingenio, pues ésta en el razonamiento, al hombre no le obliga hablar de lo que no sabe y a entender menos otras cosas; lógica y realmente Dios y el hombre son distintos por cuanto toca a infinitud.

Desde luego, el brillo lógico de las palabras tampoco oscurece el hecho de que puedan ser mejores, y las dichas de Dios, sobre Dios, aclaran la proeza de que, desde Dios, pueden suscitar más satisfactorias respuestas, ya que desde Él persistentemente irradia «la fuerza significativa de la verdad»<sup>118</sup>.

En verdad Dios es más y mejor que la infinitud que el hombre define, por ende ha de reiterarse, «“no hagas lo que está hecho”»<sup>119</sup>. Por ejemplo, en la remuneración de buenos y malos, Dios «no tenía necesidad de aprender lo que era la justicia, sino de usar lo que siempre tuvo»<sup>120</sup>.

El hombre no puede, aunque logre *de momento* cosas insuperables ceder a la precipitación de la inmoderada alabanza; él no es infinito relativo por ésta, sino porque es acompañado de alguien que en infinitud fue, es y será Primero «yo soy el que soy» (Ex 3, 14).

---

<sup>115</sup>. SAN AGUSTÍN, Del Orden, I, 8, 21, 615.

<sup>116</sup>. SAN AGUSTÍN, Del Orden, I, 8, 25, 619.

<sup>117</sup>. SAN AGUSTÍN, Del Orden, I, 8, 26, 619.

<sup>118</sup>. SAN BUENAVENTURA, Breviloquio, Parte, VI, 4, 443.

<sup>119</sup>. SAN AGUSTÍN, Del Orden, II, 7, 21, 655.

<sup>120</sup>. SAN AGUSTÍN, Del Orden, II, 7, 22, 656.

De este modo, precisa San Agustín, «ni persigue otro fin la verdadera y auténtica filosofía sino enseñar el principio sin principio de todas las cosas, y la grandeza de la sabiduría que en ÉL resplandece»<sup>121</sup>.

El hombre además de inquirir ¿qué es *Dios*?, con más insistencia puede formularse la pregunta, ¿está en mí? Porque, real y lógicamente no ha desistido, afirmando o negando, de pensar desde Él.

«¿Y si Dios no existe?»<sup>122</sup>, consulta, taciturno, Raskolnikov; al rato la honesta Sonia, su futura prometida, murmura enérgicamente, «sin el buen Dios, ¿qué sería de mí?»<sup>123</sup>.

Y, en fin, Santo Tomás, en breve y vigorosa frase, declara: «todo lo que Dios pudo lo puede ahora»<sup>124</sup>.

### Conclusión

El diálogo de, sobre; mejor, desde Dios, ha sido ineluctable. En él han asistido los que se oponen a un criterio sobre Dios sólo conceptualizado; enjaulado en estipulaciones lógicas o físicas simplemente. El aporte a esta oposición ha sido tanto del pensador creyente como del no creyente. Muchos de ellos —parte del planteamiento del artículo— en sus afirmaciones o negaciones sobre la posibilidad de un concepto *mejor desde Dios* han optado por un lenguaje pausado no febril; elemento sustancial de un concepto fraguado en una avenencia simultánea de intelectuales.

De ahí, la insistencia centrada en la acción de escuchar, con la cual, el pensador prueba la medida del espíritu, que no abrevia la razón, sino que la acrece y la tutela; en efecto, el concepto “el mejor” que el artículo invitó a alcanzar, deja en el hombre el anhelo de aumentar la capacidad reflexiva, pues la conceptualización *desde lo Mejor*, Dios, sólido, firme, perturba el acento invariable y parcial de las interpreta-

---

<sup>121</sup>. SAN AGUSTÍN, Del Orden, II, 5, 16, 649.

<sup>122</sup>. DOSTOYEVSKI, F., Crimen y castigo, IV, 4, 386.

<sup>123</sup>. DOSTOYEVSKI, F., Crimen y castigo, IV, 4, 389.

<sup>124</sup>. Suma Teológica, I, q. 23, a. 6, 885.

ciones, y limita la profundización a lo mejor que mantiene y comunica el contenido de las consideraciones.

En el diálogo, la definición y el concepto *desde Dios*, dicho está, evita el caos de opiniones, y procura una diversidad de entendimiento. Éste garantiza confianza, pues lo expresado por el otro, después de una profundización en elementos tan especiales, —por ejemplo, el hombre es infinito, porque es acompañado de un infinito primero que no es él—, aproxima a la inteligencia del semejante lo que ha querido concebir y no ha podido.

En esto radicó la demostración del artículo. Lo que otros han comprendido y conceptualizado acerca de Dios, inevitablemente lo han realizado *desde Él*, dándole así al mismo concepto, seriedad, gravedad, profundidad, gracias a lo cual presenta un buen argumento que no impide ni daña el desarrollo del diálogo hacia una noción no únicamente de, sobre, sino precisamente mejor, desde Dios.

Este *mejor desde Dios* motivó a clarificar que el Principio primero no consiste en una cosa que es preciso encerrar en meras categorías mentales, pues sería ver el Motor Inmóvil, lo incorpóreo, lo infinito, lo trascendental, etc., puramente como géneros literarios en donde esconderlo o confinarlo.

La propia perfección del Ente divino es distinta a la del ser humano, más no por ello éste fuerza su inteligencia a desunirse de lo que le es diferente. Por ende, la perseverancia del artículo en el respeto, ya que, la unidad Dios y hombre no degenera en un reemplazo simultáneo.

Cuando el hombre abusa de las honras que le tributan, cuando sólo alucina en lo que escribe y dice de Dios, pero poco piensa desde y con Él (próximo tema a desarrollar), espera hacerlo a imagen y semejanza suya; disminuye su puntual influencia en el concepto y tanto lo emancipa de Dios, que somete a aquel a una progresiva debilitación en relación a lo que a simple vista, al interno y externo, es inconcebible de momento.

Cierto, el tema *conceptuar de Dios, sobre Dios; mejor, hacerlo desde Dios*, no dejó en la desilusión de no poderlo absolutamente concretar; sino en la esperanza que inquieta mientras entusiasma la contemplación y la reflexión en la búsqueda de una mejor respuesta a este interrogante, ¿qué se ofrece primero: la inteligencia que conoce, o Dios a la inteligencia?

Por supuesto, ésta posibilitó entrever que lo deducido por la inteligencia en el concepto radica en una actividad consciente y a la vez sorprendida por cuanto de Dios le queda mucho qué pensar.

Si un concepto ha exigido la maestría de la inteligencia, innegablemente ha sido, es y seguirá siendo el del Ser perfectísimo; en consecuencia, además del esfuerzo caviloso de la razón, también acuerda razonamiento a la plegaria agustiniana: *¡Oh Dios, siempre el mismo!, conózcame a mí, conózcate a ti.*

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AMOROS, L., «Introducción general», *Obras de San Buenaventura I*, BAC, Madrid, 1945, 153.

ARISTÓTELES, *Física*, ed. Guillermo R. Echandía, GREDOS, Madrid, 1995<sup>2</sup>, 506.

ARISTÓTELES, *Metafísica*, ed. Tomás Calvo M., GREDOS, Madrid, 1994<sup>3</sup>, 582.

ARISTÓTELES, *Acerca del Alma*, ed. Tomás Calvo M., GREDOS, Madrid, 1978<sup>5</sup>, 262.

BERGSON, H., *Historia de la idea del tiempo. Curso del Collège de France 1902-1903*, ed. Adriana Alfaro y Luz Noguez, PAIDÓS, Ciudad de México, 2007.

CALVO M., Tomás, «Introducción general», *Acerca del Alma*, GREDOS, Madrid, 1978<sup>5</sup>, 128.

CAPANAGA, V., «Introducción general», *Obras completas de San Agustín I. Escritos filosóficos (1.º)*, BAC, Madrid, 1994<sup>6</sup>, 262.

DOSTOYEVSKI, F., *Crimen y Castigo*, ed. Julio Alemany Z., BRUGUERA, Barcelona, 1971<sup>5</sup>, 672.

HEIDEGGER, M., *Che cos'è Metafisica?*, ed. F. Volpi, ADELPHI, Milano, 2003<sup>2</sup>, 163.

PORRAS CARDOZO, Baltazar E., *El ciclo vital de fray Juan Ramos de Lora*, Ediciones del Rectorado Universidad de los Andes, Mérida, 1992, 173.

SAN AGUSTÍN, F., *Soliloquios. Obras completas de San Agustín I. Escritos filosóficos (1.º)*, BAC, ed. V. Capanaga, BAC, Madrid, 1994<sup>6</sup>, 429-533.

SAN AGUSTÍN, *Soliloquios. Obras completas de San Agustín I. Escritos filosóficos (1.º)*, BAC, ed. V. Capanaga, BAC, Madrid, 1994<sup>6</sup>, 429-533.

SAN AGUSTÍN, *De la vida feliz. Obras completas de San Agustín I. Escritos filosóficos (1.º)*, BAC, ed. V. Capanaga, BAC, Madrid, 1994<sup>6</sup>, 537-586.

SAN AGUSTÍN, *Del orden. Obras completas de San Agustín I. Escritos filosóficos (1.º)*, BAC, ed. V. Capanaga, BAC, Madrid, 1994<sup>6</sup>, 589-707.

SAN BUENAVENTURA, *Breviloquio*, ed. León Amoros, *Obras de San Buenaventura I*, BAC, Madrid, 1945, 167-539.

SAN BUENAVENTURA, *Itinerario de la mente a Dios*, ed. León Amoros, *Obras de San Buenaventura I*, BAC, Madrid, 1945, 557-633.

VOLPI, M., «Nota introduttiva», *Che cos'è Metafisica?*, ADELPHI, Milano, 2003<sup>2</sup>, 11-34.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino I*, ed. R. Suárez, BAC, Madrid, 1947, 1055.